

De la ékfrasis social a la denuncia literaria: representaciones visuales y discursivas del prostíbulo en *La prostituta*

From Social Ekphrasis to Literary Critique: Visual and Discursive Representations of the Brothel in *La prostituta*

María José González Dávila
Universidad Internacional de La Rioja
Orcid: 0000-0002-0837-1928

RESUMEN: En *La prostituta* (1884), Eduardo López Bago convierte el prostíbulo en un microcosmos narrativo que condensa las tensiones de opresión, desigualdad y corrupción moral del Madrid finisecular. Este capítulo analiza cómo el autor despliega una representación visual y discursiva del prostíbulo que trasciende la mera descripción escénica para transformarse en un dispositivo de denuncia social. El texto muestra cómo la ékfrasis presenta, además de una técnica descriptiva, una crítica incisiva contra la burguesía y las estructuras patriarcales de la época. López Bago utiliza un lenguaje clínico y detallista, con énfasis en elementos visuales, olfativos y táctiles, que busca provocar en el lector una reacción de repulsión ante la degradación humana. El prostíbulo aparece como un espacio de contaminación y enfermedad, donde confluyen personajes masculinos de todas las clases —desde aristócratas hasta obreros— revelando la prostitución como una institución funcional al orden burgués. Madrid, descrita como un organismo enfermo, encuentra en el burdel su metáfora más explícita: suciedad, hacinamiento y violencia simbólica contra las mujeres. Este trabajo sostiene que la representación del prostíbulo en *La prostituta* configura una ékfrasis social que, más allá de su carácter descriptivo, funciona como herramienta crítica y metáfora urbana de la degeneración moral decimonónica.

PALABRAS CLAVE: Naturalismo radical, Eduardo López Bago, *La prostituta*, novela española del siglo XIX, novela médico-social.

ABSTRACT: In *La prostituta* (1884), Eduardo López Bago turns the brothel into a narrative microcosm that condenses the tensions of oppression, inequality, and moral corruption in fin-de-siècle Madrid. This paper analyses how the author deploys a visual and discursive representation of the brothel that

transcends mere scenic description to become a device of social denunciation. The text shows how ekphrasis is not limited to a descriptive technique but articulates an incisive critique of the bourgeoisie and the patriarchal structures of the period. López Bago employs a clinical and highly detailed language, with emphasis on visual, olfactory, and tactile elements, aiming to provoke in the reader a reaction of repulsion in the face of human degradation. The brothel thus emerges as a space of contamination and disease, where male characters from all social classes—from aristocrats to workers—converge, revealing prostitution as an institution functional to the bourgeois order. Madrid, described as a diseased organism, finds in the brothel its most explicit metaphor: filth, overcrowding, and symbolic violence against women. This study argues that the representation of the brothel in *La prostituta* constitutes a form of social ekphrasis which, beyond its descriptive quality, functions as a critical tool and as an urban metaphor for nineteenth-century moral degeneration.

KEYWORDS: Radical Naturalism, Eduardo López Bago, *La prostituta*, 19th Century Spanish Novel, Medical-Social Novel.

**

*

Entrar en *La prostituta* (1884) de Eduardo López Bago es como abrir la puerta de una habitación cerrada en la que el aire está viciado por el humo, la humedad y el olor de los cuerpos gastados. López Bago nos conduce directamente al corazón de un espacio proscrito, el prostíbulo, y lo convierte en un espejo deformante —aunque revelador— del Madrid finisecular. Allí, donde se cruzan aristócratas y obreros, proxenetas y mujeres forzadas a la prostitución, se exhibe con crudeza lo que la sociedad burguesa prefiere mantener en silencio: sus miserias más profundas, sus deseos más perturbadores y su moralidad más hipócrita.

El prostíbulo, más que un escenario, es el verdadero protagonista simbólico de la novela. Constituye un microcosmos donde se condensan las tensiones sociales, sexuales y económicas de la España del XIX, un espacio en el que los cuerpos femeninos son reducidos a mercancía y los masculinos se exhiben en su voracidad, incapaces de contener el ‘eros negro’ que los domina. Como apunta Pura Fernández, la novela médico-social española concibe la prostitución y las enfermedades venéreas como “metáforas de un cuerpo social enfermo” (2008: 120),

y *La prostituta* es quizá su exponente más radical. En este sentido, la obra de López Bago puede definirse como una literatura de la incomodidad, porque desagrada tanto al lector contemporáneo como al decimonónico: revela las sombras de la modernización burguesa, y también obliga a enfrentarse a ellas sin mediaciones ni consuelos. A través de la descripción visual y detallada del entorno, el autor presenta un retrato crudo del espacio prostibulario, que trasciende lo narrativo para convertirse en un dispositivo de denuncia social. El lenguaje de López Bago, naturalista, plasma con minuciosidad elementos visuales, olfativos y táctiles del prostíbulo, provocando en el lector una reacción de repulsión ante la degradación humana. Los personajes masculinos que los frecuentan evidencian la prostitución como una institución funcional al orden burgués. El prostíbulo se erige también como una metáfora de Madrid, descrito como un organismo enfermo donde la miseria física y moral se manifiesta a través de la suciedad, el hacinamiento y la violencia simbólica contra las mujeres.

El objetivo de este trabajo es analizar el espacio simbólico del prostíbulo en *La prostituta*, entendido como un lugar que no se limita al ámbito sexual o económico, sino que alcanza la médula moral del proyecto burgués. La descripción de habitaciones cerradas, olores nauseabundos, tapicerías desgastadas y cuerpos enfermos o contagiados conforma un lenguaje ecfrástico que trasciende lo narrativo para convertirse en un dispositivo de denuncia social. A través de un análisis textual detallado, este estudio explora cómo López Bago utiliza la descripción para crear un ambiente sensorial opresivo que materializa la decadencia de un orden social sustentado en la explotación de las mujeres. Se pone especial atención en el modo en que López Bago convierte la representación del prostíbulo en un dispositivo visual y simbólico de fuerte carga crítica. Se sostiene que la écfrasis, más allá de una estrategia descriptiva, articula en esta novela una función literaria de denuncia social, al representar el prostíbulo como metáfora urbana y síntesis de la degeneración moral del Madrid finisecular.

Este trabajo se centra en *La prostituta*, aunque en determinados pasajes se hará referencia a *La Pálida*, segunda novela de la tetralogía, donde Estrella continúa su proceso de degradación y metamorfosis. La intención es mostrar cómo, en ambos textos, el prostíbulo funciona como metáfora urbana y como síntesis de las contradicciones de la modernidad española: un espacio incómodo que visibiliza aquello que la sociedad intenta ocultar, revelando con crudeza que la moral burguesa se sostiene sobre la violencia simbólica y material ejercida contra las mujeres. Así, se plantea que *La prostituta* no debe entenderse úni-

camente como una novela escandalosa o provocadora, sino como un ejemplo paradigmático de literatura comprometida.

MARCO ESTÉTICO E IDEOLÓGICO DE *LA PROSTITUTA*

Como bien señaló Pura Fernández (1995, 2005), Eduardo López Bago fue uno de los autores más combativos y polémicos del panorama literario del siglo XIX. En *La prostituta*, obra que provocó la incautación policial, un proceso judicial y una de las polémicas más sonadas de la época, se hace evidente la voluntad del autor de mostrar ‘la verdad desnuda’, en sus propias palabras. En este sentido, la novela se presenta como un ‘documento humano’, un ‘proceso’ clínico y literario, en el que la observación del cuerpo y del entorno sirve para revelar los males del organismo social. En ella confluyen elementos del positivismo, del higienismo, del anticlericalismo liberal y del folletín sentimental, todo ello puesto al servicio de una literatura militante que pretende, como señaló el propio autor, “conmocionar y escarnecer a la conciencia lectora” (Fernández, 1998: 744).

La huella del determinismo biológico y ambiental se manifiesta con particular crudeza en *La prostituta*, donde López Bago construye sus personajes bajo el signo ineludible de la herencia y el entorno social. En sintonía con los presupuestos naturalistas heredados de Taine y Zola, el autor representa la degradación moral como una consecuencia directa de condiciones materiales adversas, inscritas desde la infancia. Señala Gutiérrez Carbajo que, en este tipo de novela “el medio determina ya desde el nacimiento y la primera infancia la vida de los individuos” (1991: 385). No es casual que las protagonistas de esta tetralogía nazcan en contextos de miseria y violencia: Mari Pepa, por ejemplo, crece en una célebre casa de prostitución de Sevilla, convertida desde la cuna en flor del vicio, mientras que Estrella, hija de una prostituta y un albañil alcohólico, sufre desde pequeña el acoso sexual de su padre en una buhardilla mugrienta. La Pálida, por su parte, aprende los “secretos de la carne” (López Bago, 1885: 230) entre charcos e inmundicias, como si el relato de su origen bastara para anticipar su destino prostibulario. A través de estas genealogías degradadas, la novela articula una crítica social explícita que trasciende lo meramente anecdótico. El relato de estos cuerpos no es neutro: son, como ha señalado Pura Fernández, cuerpos “enfermos de historia” (1995: 75), sobre los que se inscriben no solo las llagas del determinismo fisiológico, sino las marcas de una estructura patriarcal y clasista que empuja a las mujeres a convertirse en mercancía de consumo masculino.

El discurso narrativo, por tanto, no se limita a una exhibición morbosa de lo grotesco: se presenta como un alegato, una denuncia política camuflada bajo la máscara de la observación científica. En este sentido, el pesimismo que impregna la narración puede entenderse como una estrategia estética consciente para provocar una reacción ética en el lector. El énfasis en lo desagradable forma parte de una retórica de la incomodidad que busca desvelar lo que la moral burguesa prefiere ocultar.

Así, el narrador no mantiene una impersonalidad absoluta, pese a su defensa del documento humano. Al contrario, deja entrever su juicio en momentos como el siguiente, donde la denuncia del fingimiento sexual se transforma en lamento moral:

¡Oh, la miseria! La miseria, ¡qué horror! La prostitución, ¡qué asco! [...] ser cuerpo alquilado por horas, pasar de los brazos del joven a los del viejo [...] ¡con la misma pasión!, que en esto consistía el fingimiento. (López Bago, 2005: 299-230)

Este tipo de pasajes, cargados de afectividad y repulsa, reafirman el carácter ideológico de la novela médico-social: una literatura no neutral, que opta por mostrar lo innombrable y hacer del feísmo un revulsivo ético. Frente a la novela idealista, que propone mundos conciliadores y finales reparadores, *La prostituta* opera en clave de disonancia: no hay redención posible, porque el sistema que permite —y exige— la prostitución femenina permanece intacto. En palabras de Santiáñez-Tiód, este naturalismo subversivo “se configura como una forma de arte didáctico radical, que desestabiliza los valores hegemónicos desde dentro del dispositivo narrativo” (1997: 591).

BALCONES ENCENDIDOS, CUERPOS EN OFERTA: TOPOGRAFÍA DEL DESEO EN *LA PROSTITUTA*

Antes que escenario de placer prohibido, el prostíbulo en *La Prostituta* se erige como una herida abierta en la piel de Madrid, una llaga arquitectónica donde confluyen la podredumbre urbana y la miseria moral:

Desde la calle veíase, entre dos edificios de mayor elevación y de construcción más moderna, aquella fachada ruिनosa, de color gris, en la que el tiempo dejó impresa la marca de cansancio con que, al pasar, apoyándose en los muros, los manchó con sus manos y su cuerpo de atleta envuelto en andrajos; el cuerpo ba-

ñado en sudor, los andrajos cubiertos de fango y polvo. Á cierta distancia, la falta de cal que produjo caída de grandes cascos, dejando al descubierto la roja mancha de los ladrillos, da repugnantes aspectos al edificio, recordando esos mendigo que explotan la compasión exponiendo en medio de la vía pública desnudeces cubiertas de llagas, miembros podridos, que hacen apartar la vista para contener la náusea, y hurtar el roce del traje para evitar la mancha.

Luego, la humedad completa el asco, corre por grandes pinceladas de alto á bajo, pinceladas verdosas, negruzcas, terrosas, amarillentas, que serpean simulando derrames y extravasamientos de pústulas, cuya materia, al salir, sigue cauces caprichosos que parten del daño, y manchan^ cuando no inficionan la piel sana. Los dos pisos de que consta tienen cada uno dos balcones, balcones sin flores, de hierros enmohecidos, sólo pulidos y relucientes en el antepecho, pero con ese desigual brillo no sacado por la mano que frota para pulir, sino por los cuerpos que rozan para descansar; hierros, en fin, antes usados por la pereza que desgastados por el trabajo. (López Bago, 1885: 5-6)

Como se ve en esta presentación, que constituye por las primeras líneas del libro, el prostíbulo trasciende su papel de mera escenografía para encarnar un espacio de poder y opresión en el entramado urbano. El burdel del Marqués de Villaperdida es presentado como un enclave marginal (“heterotopía”, en términos foucaultianos) que refleja en espejo distorsionado la sociedad dominante (Aragón García, 2015: 309). En este espacio real pero apartado se visibiliza la imagen de la mujer como objeto sexual: “pornografía y prostitución constituyen los espacios que vehiculan la imagen de la mujer con una sexualidad desbordada y al mismo tiempo negada” (Aragón García, 2015: 312). En el burdel se reproduce así un microcosmos de los valores patriarcales: el deseo masculino hegemónico, el mercado sexual y la doble moral se entrelazan de modo explícito. La prostitución no constituye un fenómeno marginal ni accesorio, más bien un engranaje central del sistema patriarcal, en tanto refuerza la masculinidad hegemónica y consolida los estereotipos de género que este impone. Desde esta perspectiva, el prostíbulo se configura como alegoría de una sociedad enferma, un escenario en el que se consagra la supremacía masculina sobre el cuerpo femenino.

López Bago despliega una descripción sensorial exhaustiva que convierte el prostíbulo en un a inmersiva. La éfrasis narrativa recurre a todos los sentidos para transmitir la contaminación física y moral del lugar: desde el sonido ahogado de los susurros hasta el sudor rancio que

impregna las paredes, los olores punzantes de los perfumes baratos y la humedad malsana que cubre cada rincón. El autor enfatiza la podredumbre del ambiente, comparando la fachada del local con “esos miembros asquerosos que explotan la compasión exponiendo [...] miembros podridos” (López Bago, 1885: 5). Este enfoque sensorial extremo subraya que el deterioro material del prostíbulo —tapicerías gastadas, luces tenues, paredes sucias— no es mero *atrezzo*, sino expresión directa de la degradación moral que el narrador denuncia. La realidad escatológica del burdel alude a la parte enferma de la sociedad: las corrupciones ocultas, las enfermedades venéreas, la violencia sexual y la miseria convergen en ese espacio cerrado. Se puede ver en este retrato el principio carnalesco de lo grotesco: el autor destaca los detalles más bajos y repugnantes con la intención de criticar la dominación patriarcal. Por ejemplo, las mujeres del burdel son comparadas con “tallos obligados a florecer en jardines de vicio” (López Bago, 1885: 6) metáfora en la que el cuerpo femenino aparece domesticado y cultivado como planta de invernadero para el deleite masculino. Es notable que esta imagen vegetal es de tono biopolítico y subversivo, pues revela cómo el prostíbulo funciona como una máquina urbana que cultiva y explota el cuerpo de la mujer, reduciéndolo a producto de consumo.

Pobreza, violencia sexual, hipocresía burguesa y enfermedad venérea convergen en el burdel como elementos básicos de su simbología. El ambiente sucio y olfativamente asfixiante (apariencia encalada cayéndose, humedad verdosa, manchas en las paredes) remite explícitamente a la podredumbre corporal (enfermedades, muerte) y social del texto. Cada rincón del prostíbulo —desde las alcobas hasta los balcones herrumbrados— es descrito con detalles grotescos para evocar la degradación absoluta. Esta saturación sensorial produce un efecto de repulsión crítica. Al permitir que el lector huelga y toque metafóricamente la miseria del burdel, la novela desvela la estructura de poder mediante un realismo brutal.

EL CUERPO FEMENINO COMO EMBLEMA BIOPOLÍTICO

El análisis de Bakhtin sobre el realismo grotesco ilumina cómo la novela ubica lo femenino en la esfera de lo ‘bajo’ y ‘material’. Según Bakhtin (2003), la tradición carnalesca exaltaba la parte ‘inferior’ del cuerpo (vientre, genitales, trasero) como motor de regeneración y vida, invirtiendo la jerarquía de lo sagrado. En *La prostituta*, ese principio se aplica críticamente: el burdel celebra abiertamente lo que la moral oficial oculta, pero sin su positividad regenerativa original. Bakhtin afirma

que “lo alto está representado por el rostro; y lo bajo por los órganos genitales, el vientre y el trasero. El realismo grotesco [...] se basa en estas significaciones absolutas” (Batjin, 2003: 19). López Bago enfatiza lo degradado del prostíbulo como símbolo de dominación: las trabajadoras sexuales aparecen como cuerpos abiertos a la mercantilización completa, reducidas a pulpa biológica en un ritual de humillación. Esta elección estética subraya la tesis de que el patriarcado cosifica el cuerpo de la mujer. Así, frente a la imagen burguesa idealizada de la prostituta redimida, el autor ofrece la visión cruenta y antiestética del burdel, apelando a la estrategia bajtiniana de exaltar lo grotesco. El efecto es poner al descubierto la violencia estructural: el deseo masculino, en lugar de redimir o liberar, se manifiesta como un demoníaco contagio que pulveriza la vida de Estrella y de sus iguales.

En general, el prostíbulo funciona como emblema narrativo de la enfermedad y del orden patriarcal. Es un símbolo poderoso de la explotación urbana, la imposición sexista y la enfermedad moral. En este sentido, el prostíbulo trasciende su condición de escenario para convertirse en un trasunto de la opresión urbana y la degradación corporal. Este espacio se articula como un laboratorio social donde convergen la pobreza, la violencia sexual, la hipocresía burguesa y la enfermedad venérea, consolidando la tesis de que el entorno moldea el sujeto, tanto desde lo material como desde lo simbólico (Lefebvre, 2013: 85-102). Es en este lugar donde Estrella será violada por el Marqués de Villaperdida, dueño de gran cantidad de lupanares en Madrid, entre ellos también el de Mari Pepa. El marqués entrega las ganancias que consigue a través de sus locales eróticos al Vaticano, en penitencia por los pecados cometidos, cuya fuente se localiza en su vida licenciosa y en ser responsable de la muerte de su joven esposa a causa del contagio de la sífilis. Estrella será, asimismo, contagiada por el Marqués, que pierde totalmente el control de sus actos influenciado bajo el deseo enfermizo que le suscita el cuerpo de la muchacha. La muerte de Paco el Granuja, novio de Estrella a manos de Aristides, y la del marqués, cierran la novela, que culmina con la caída metafórica de Estrella y el nacimiento de la Pálida, que será, en la segunda parte de la tetralogía, coronada como la reina de las acompañantes de Madrid y querida de Luis, el hijo del Marqués.

Se puede señalar que, además de ser una metáfora de la enfermedad, el burdel es, desde el punto de vista lopezbaguiano, el laboratorio social donde quedan a la vista las contradicciones del capitalismo patriarcal: el placer masculino rentable, el cuerpo femenino dominado y el oscuro intercambio de cuerpos por poder. En este sentido, la novela realiza

una crítica mordaz: retrata el deseo sexual como elemento corruptor y devastador en una estructura de dominación.

DE LA PENUMBRA A LA MERCANCÍA: LA NOCHE PROSTITUBULARIA COMO ESPACIO SIMBÓLICO

La noche confiere al prostíbulo de *La prostituta* una teatralidad desbordante: luces, músicas y perfumes convierten el espacio en un escenario donde se dramatiza la corrupción moral de Madrid:

Por la noche, el cuadro variaba de aspecto; aquel misterio de las persianas desaparecía; los balcones del lupanar eran gigantesas pupilas abiertas ante la oscuridad, focos de luz intensa que reflejaba en los muros de enfrente; por ellos salía, en ocasiones con los rayos luminosos, ruido de alegres voces, estallar de risas, una guitarra rasgueada con desgaire y una voz de mujer, que en medio de aquellos rumores elevaba su timbre, lanzaba un poderoso quejido andaluz, al que seguía la copla de malagueñas, de jaleo o seguidillas gitanas, copla cuya letra, siempre obscena, escuchábase en silencio, hasta que con otro quejido terminaba en medio de ¡bravos y oles! que el entusiasmo arrancó a voces aguardentosas, y de aplausos aislados que resonaban como chasquido de bofetones. Ya no se montaba la guardia de mujeres en el balcón. En el portal, mal alumbrado, mal oliente, y húmedo con las humedades que allí dejaron los vómitos de la embriaguez y las secreciones de los viciosos, vélaselas llegar, una tras otra, para reclinarsen en el quicio de la entrada, vistiendo siempre trajes de color vistoso, ajustado el talle, mejor peinadas, con una flor en los cabellos, la eterna sonrisa en los labios, más hermosas por el artificio de la luz, y en el encanto de la penumbra, cosas ambas que las favorecían, disimulando afeites y haciendo pasar por melancolía y languidez lo que era sólo ajamiento en el cutis y falta de brillo en la mirada.

La noche era su protectora, la noche su elemento, la noche la libertad; una libertad relativa, ficticia si se quiere, limitándose a mayor espacio y más terreno por donde pudieran ir y venir, un corto paseo por la acera desde la casa hasta la esquina, siéndoles permitido a las más antiguas transponer este límite, y por las calles inmediatas dar la vuelta recorriendo toda la manzana; entonces, al invadir la vía pública, aquellos seres, degradados por la sociedad, tomaban su revancha, mareaban al transeúnte con el fuerte olor de que estaban impregnadas sus ropas, olor a perfu-

mes baratos comprados en la droguería, haciéndole volver la cabeza al ruido seco de sus enaguas, exageraban al andar el movimiento lascivo de caderas, el duro taconeo sobre las baldosas, y al llegar a su lado, mirábanle, resueltas y decididas, de antemano seguras de su victoria; y ellas, las que el Estado consideraba en sus leyes como esclavas de la higiene, eran desde aquel momento, y al serlo lo sabían, reinas del placer, dominadoras del vicio, triunfando por el poder que tiene el sexo sobre la bestialidad de la carne humana, conquistando al hombre, que las seguía como el perro sigue a quien le ofrece el alimento, y recibiendo de la misma mano que redactó aquellos códigos vergonzosos caricias y dinero. (López Bago, 1885: 8-9)

Esta presentación nocturna de la mancebía despliega un entramado de símbolos visuales, auditivos y narrativos para construir la imagen del prostíbulo nocturno. El contraste día/noche, luz/sombra y limpieza/suciedad articula una crítica social mordaz. Autores contemporáneos destacan que la representación literaria de la prostitución en España osciló desde la visión decimonónica de un mal necesario hasta la perspectiva crítica del realismo social (Phaeton, 2007). En esta escena Bago subvierte esa visión: el lupanar se convierte en un mundo propio, pleno de signos (pupilas, música, perfumes, vestuarios) que revelan la lucha de poder entre lo público y lo privado, lo sagrado y lo profano.

Los balcones iluminados del lupanar son descritos como “gigantescas pupilas abiertas ante la oscuridad” (López Bago, 1885: 8). Esta metáfora ocular sugiere que el prostíbulo vigila y absorbe la noche, como si la ciudad nocturna misma estuviera ansiosa de placeres. La idea de la mirada voraz es coherente con lecturas simbólicas de la prostitución: la meretriz suele percibirse como objeto de la mirada pública. En este sentido, es necesario destacar el carácter liminal de la prostituta, un personaje que se mantiene en la frontera entre la vida diurna y la nocturna; que, de algún modo, guarda ese límite que no debe ser sobrepasado hasta la llegada de la noche. Por ello, la casa de lenocino actúa de frontera simbólica; sus ojos-ventanales invitan al deseo prohibido tras el velo de la noche.

La iluminación intensa del interior juega también un papel simbólico. Los “focos de luz intensa” (López Bago, 1885: 8) sobre los balcones rompen la penumbra callejera y convierten el edificio en un faro de ostentación: la luz expone la presencia de vírgenes femeninas danzarinas. Esta escena confronta lo público con lo privado: la avenida queda bañada por esa luz clandestina. En muchos relatos naturalistas

(en la *Nana* de Zola o en *La desheredada*, de Galdós) la prostituta aparece iluminada como Venus caída: es belleza en el estrado, pero carne pútrida en la intimidad de la muerte. En la novela lopezbaguiana, esa luz artificial realza la teatralidad del cuerpo (“más hermosas por el artificio de la luz” (López Bago, 1885: 9) y al mismo tiempo denuncia su comercialización. La referencia de Bago al atuendo femenino (trajes ceñidos, vestuario vistoso, flor en los cabellos) subraya ese rol de mercancía erótica. En sociedades decimonónicas, de hecho la prostituta es una figura estructuralmente marcada; ciertos elementos del vestir como *medias* y *tacones* se asocian explícitamente al estereotipo de la mujer prostituida (Lerner, 2019: 133-165); la descripción de Bago recoge esa iconografía para simbolizar el deseo venal.

El pasaje también abunda en imágenes auditivas y festivas: guitarras rasgueadas, coplas de malagueñas, jaleos y seguidillas gitanas, risas y aplausos. La mujer canta obscenamente, y el público irrumpe con ‘¡bravos y olés!’ como en una plaza de toros. Este coro humano subraya la ceremonia sexual: la prostitución se vuelve espectáculo. Aunque Bago no lo cita textualmente, la atmósfera recuerda estudios sobre cultura popular: la prostituta aparece como fantasía erótica del deseo masculino, inalcanzable pero exhibida en la noche (Silvestre, 2002: 40-42). La música y los vítores, por tanto, simbolizan la complicidad colectiva en el vicio: una suerte de ritual carnavalesco donde la moral cotidiana se suspende.

En marcado contraste, el portal del prostíbulo aparece revestido de suciedad y ruina: hay “humedades [...] vómitos de la embriaguez y secreciones de los viciosos” (López Bago, 1885: 8) sobre las paredes. Este detalle grotesco no es mero adorno: funciona como símbolo de la degradación social que oculta el artificio hermoso de las mujeres. En la estética naturalista es común destacar la mugre palpable del espacio prostibulario como denuncia del horror cotidiano de la explotación (así Zola retrata la «carne pútrida» de *Nana* al final, o las descripciones fisiológicas de Galdós). Aquí, la suciedad material contrasta con la lustrosa apariencia femenina de la noche, evidenciando la hipocresía social: la calle apesta al amanecer, pero a oscuras esas mismas paredes son templo de placer.

López Bago pone especial énfasis en la fisonomía artificial de las mujeres. Se las describe maquilladas, con trajes de color vistoso, ajustado el talle y mejor peinadas “más hermosas por el artificio de la luz y en el encanto de la penumbra” (López Bago, 1885: 8). Esa doble alabanza al artificio y a la penumbra funciona como símbolo de cómo la

noche oculta los signos de agotamiento: la luz tenue disimula cicatrices y rostros ajados, enmascarando la fatiga acumulada en el cuerpo. La mujer prostituida se transforma así en una figura poética pero solo bajo la apariencia nocturna (“la noche es su libertad ficticia” (López Bago, 1885: 8).

Para todo lo demás, también el contraste entre día y noche es fundamental. A la luz del día, el narrador recalca el carácter “asqueroso” y “repugnante” (López Bago, 1885: 8). de esas mujeres, mientras que durante la noche se alzan como emblemas de belleza. Con ello se simboliza la doble moral social: la misma sociedad que las estigmatiza en público durante el día las admira en secreto al amparo de la oscuridad. La noche se convierte, entonces, en protectora y en espacio de libertad relativa. En la penumbra, las prostitutas se saben “reinas del placer, dominadoras del vicio” (López Bago, 1885: 9), capaces de invertir temporalmente las jerarquías que las condenan, aunque solo sea dentro de los estrechos límites que la ciudad les impone.

Otros pequeños detalles encarnan más símbolos de marginalidad. El olor fuerte a colonia barata (“perfumes comprados en la droguería” (López Bago, 1885: 8) se menciona para marear al transeúnte. Este olor barato subraya la realidad prosaica tras la fantasía: es aroma sintético, invitación lujuriosa que provoca a los hombres con una fragancia casi agresiva. También el movimiento del cuerpo es explícitamente provocativo: el balanceo lascivo de caderas y el taconeo resonante simbolizan el control del discurso erótico. Cada detalle físico —sonrisa perenne, flor, tacones— actúa como icono gestual que reafirma la función de estas mujeres como productoras de deseo.

La insistencia de López Bago en el detalle sensorial —ya sea a través del olor penetrante de los perfumes baratos, del sonido rítmico de los tacones o de la visualidad artificiosa de los adornos— sitúa al prostíbulo en una dimensión que rebasa lo narrativo y lo convierte en un dispositivo de denuncia. Tanto de día como de noche, la ékfrasis sensorial articula una crítica que desnuda la degradación moral de la sociedad burguesa. A la luz del día, la podredumbre del edificio y la humedad de sus muros remiten a un organismo enfermo, metáfora de la descomposición urbana; en la noche, los olores intensos, los juegos de luces y la gestualidad corporal de las prostitutas producen un espectáculo erótico que mezcla atracción y repulsión. La sensorialidad, en este marco, no solo responde a una estética de lo grotesco, sino que actúa como estrategia para visibilizar las contradicciones del orden social. Como ha señalado Pura Fernández, la narrativa lupanaria del

XIX construye “una retórica del exceso sensorial” (2008: 47) para mostrar la tensión entre placer y enfermedad, erotismo y miseria. En *La prostituta*, esta saturación sensorial convierte al burdel en una paradoja: un espacio brillante en la noche y repulsivo de día, que simboliza la doble moral burguesa y su incapacidad para ocultar la podredumbre sobre la que se erige.

MADRID ENFERMO: EL BURDEL COMO METÁSTASIS DE LA CIUDAD FINI-SECULAR

En *La prostituta* Eduardo López Bago convierte el burdel en un microcosmos que refleja la ciudad de Madrid en su conjunto. Herranz Cano señala que, el autor que la serie de novelas medico sociales, “cuya explicitud a la hora de hablar de ciertos temas como la enfermedad o la religiosidad lo llevan, respectivamente, a un nivel superior de repugnancia y amoralidad, [...]” y, además, “cambia el objetivo de su crítica” (2023: 88). En este sentido, la novela presenta un paisaje urbano de miseria y podredumbre: desde los basureros y callejones hasta los propios salones del lupanar imperan la pestilencia y la degradación física. Esta estética del asco sustituye las típicas vistas monumentales por rincones inmundos y cuerpos enfermos. Como observa Rhi Johnson, el autor naturalista enfatiza deliberadamente los aspectos más sórdidos de la vida, buscando una expresión literaria descarnada de esa sordidez. En este paisaje deprimente, el burdel no es un oasis exótico sino la prolongación del organismo urbano enfermo —un entorno donde los males de la época (pobreza, vicio, enfermedad) son evidentes en cada esquina (2019: 60-62).

Se puede apuntar, entonces, que la representación visual se combina con un discurso crítico social. López Bago no carga la culpa sobre la mujer pública, sino sobre los hombres poderosos que explotan y encubren el vicio. Contrariamente a la expectativa naturalista de patologizar al prostíbulo, el autor sitúa el *locus* de la enfermedad social en los personajes masculinos que controlan los lupanares. Por ejemplo, el Marqués de Villaperdida personifica la hipocresía burguesa. No ve conflicto alguno en lucrarse con el sufrimiento femenino para expiar sus culpas ni en extender la corrupción privada a la familia (Lissorgues, 1998: 243-244).

Si el Marqués de Villaperdida encarna la hipocresía de la élite burguesa, Aristides “El Chulo” representa la movilidad social deformada que el sistema prostibulario permite. En *La Prostituta* se nos presenta

como un delincuente de baja estofa, un personaje marginal ligado a la explotación de Estrella y a la violencia callejera —responsable de la muerte de Paco el Granuja—. Sin embargo, en *La Pálida* (1885) su figura se metamorfosea: Aristides asciende de los márgenes urbanos a la esfera política y se convierte en don Aristides, diputado a Cortes, con el mismo cinismo y brutalidad que lo caracterizaban en la calle. Su cambio de estatuto no implica redención alguna, sino una adaptación funcional: de proxeneta en los arrabales pasa a proxeneta con poder institucional, regentando un burdel donde Mari Pepa ocupa el lugar de madame. El salto del bajo mundo al Parlamento evidencia la continuidad estructural entre el crimen y la política, o más bien la porosidad de ambos ámbitos en la España finisecular. Como señala Lou Channon-Deutsch, en López Bago “la prostitución no es solo una práctica clandestina, sino un engranaje que articula los vínculos entre poder económico, sexual y político” (1994: 178). El personaje de Aristides ilustra cómo el prostíbulo es a la vez cantera y espejo de las instituciones públicas: el chulo de la calle se transforma en legislador, pero su lógica de explotación permanece intacta. Su ascenso, además, refuerza la tesis de López Bago de que el mal social no reside únicamente en el lumpen, sino que se integra y normaliza en las más altas estructuras del poder burgués.

La élite ilustrada de Madrid queda retratada con una doble moral brutal: públicamente abomina el vicio, pero en privado lo practica con avidez. Según Miguel Herranz Cano, López Bago explica esta paradoja mostrando una audiencia acomodada “de clase alta que en sociedad se hace cruces por el contenido de sus obras, pero en privado las lee con devoción” (2023: 88). Es decir, la burguesía liberal no tolera verse reflejada en las miserias que denuncia la novela, aunque en secreto consume los mismos vicios. El propio lupanar reúne clientes de todos los estratos sociales —nobleza decadente, burócratas venales, estudiantes y militares ociosos— lo que sugiere que «el vicio no distingue clases» (un viejo lema naturalista). En conjunto, López Bago dibuja el prostíbulo como un engranaje estructural del patriarcado: provee escape para los deseos masculinos de la élite mientras perpetúa la subordinación de mujeres y clases bajas mediante la violencia sexual y la mercantilización del cuerpo.

En este sentido, el burdel en *La prostituta* como espacio, funciona al mismo tiempo como espejo y metástasis de Madrid finisecular. Sus espacios muestran de forma directa la degradación urbana que atraviesa la ciudad. Las descripciones sensoriales —hediondas y repulsivas— hacen del lupanar un símbolo visible de la enfermedad social, mientras que el discurso narrativo denuncia una sociedad enfer-

ma: patriarcal, hipócrita y moralmente degenerada. La novela presenta la capital como un organismo enfermo y degenerado, donde el prostíbulo es simultáneamente refugio de pulsiones ocultas y síntoma de la enfermedad urbana. En este entorno naturalista radical, los lupanares funcionan a la vez como válvula de escape para las hipocresías de la sociedad y como núcleo infeccioso que evidencia su corrupción moral (Johnson, 2019: 60-62). López Bago expone sin tapujos esta realidad decadente: Madrid aparece plagada de “males de la época” —pobreza, vicio y enfermedad— y los valores de la burguesía liberal se tambalean ante su doble moral (Hidalgo, 2015: 1-2). De hecho, la propia élite que públicamente condena el pecado es la que en privado lo consume con avidez, revelando una hipocresía burguesa generalizada (Herranz Cano, 2023). Este retrato crudo de la urbe se alinea con la estética del autor, quien deliberadamente enfatiza los aspectos más sórdidos de la vida para buscar una expresión literaria descarnada de esa sordidez.

La prostitución se muestra como una institución transversal que permea todos los estamentos sociales de la ciudad. *La prostituta* reúne en su burdel ficticio personajes de todos los estratos, desde nobles decadentes hasta funcionarios venales, estudiantes y militares ociosos, lo cual pone de manifiesto que el vicio no distingue clases sociales (Hidalgo, 2015: 11-12). Esta diversidad de clientes no es casual: al contrario, sugiere que la economía sexual del prostíbulo cumple una función estructural en la sociedad madrileña finisecular, sirviendo de engranaje oculto que sostiene el orden social desigual. La crítica reciente subraya que López Bago ubica el ‘mal social’ no en la prostituta, sino en los poderosos que la explotan. En otras palabras, el lupanar es tanto un producto de la sociedad patriarcal como un mecanismo que la mantiene: provee una vía de escape para las pulsiones masculinas de la élite, a la vez que perpetúa la subordinación de las mujeres y las clases humildes mediante la violencia y la mercantilización del cuerpo femenino (Johnson, 2019: 61-62). Así, la novela de López Bago retrata la prostitución como un fenómeno omnipresente y funcional al mantenimiento del *statu quo*: un mal necesario que nutre a la sociedad entera incluso mientras la socava moralmente.

La imagen urbana que emerge en *La prostituta* dista mucho de los escenarios monumentales o pintorescos; por el contrario, la ciudad se representa a través de sus sótanos, callejones y cuartos cerrados donde imperan el vicio y la miseria. Desde las primeras páginas, López Bago realiza una écfasis de Madrid centrada en la podredumbre: describe las calles pobladas de “asquerosos mendigos” exhibiendo llagas y miembros podridos a la vista de todos (Herranz Cano, 2023: 87). Esta estéti-

ca del asco y la degradación domina la novela, sustituyendo las plazas y palacios por alcobas de burdel y rincones insalubres como escenarios principales. En última instancia, la detallada descripción del prostíbulo resulta ser una descripción alegórica de la urbe entera. Al igual que el cuerpo femenino de la prostituta se convierte en el soporte donde se inscriben los deseos y temores patriarcales —es decir, es fetichizado y patologizado por la mirada masculina (Tsuchiya, 2011: 3-27)—, el cuerpo urbano madrileño aparece marcado por completas redes de deseo, dinero y violencia. Las tramas de la novela muestran cómo el deseo sexual se mercantiliza (por ejemplo, en la subasta donde los hombres adinerados pujan diez mil reales por la virginidad de Estrella, la joven protagonista) y cómo esa lógica de mercado y lujuria conlleva también violencia y destrucción, desde la explotación sexual sistemática de mujeres hasta la difusión imparable de enfermedades venéreas. De este modo, Madrid queda figuradamente infectada por las mismas fuerzas que operan en el prostíbulo. La ciudad se revela, así, como un organismo colectivo enfermo, atravesado por las dinámicas del deseo y el capital, donde la prostitución funciona a la vez como espejo y metástasis de la sociedad decimonónica degradada.

DE LA ÉCFRASIS A LA ÉTICA: UNA LITERATURA DE LA INCOMODIDAD

Según Luis Alfredo Álvarez (2010), el vínculo entre ética y literatura se fundamenta en la capacidad de la literatura, especialmente la novela, para ser un espacio de reflexión sobre la experiencia valorativa del ser humano. La literatura funciona como un espejo donde los sujetos reflejan y examinan sus experiencias individuales y colectivas, permitiendo proyectar y cuestionar valores y decisiones éticas en diferentes contextos sociales. El autor señala que la actividad estética de la novela puede considerarse una forma de ética, ya que es una reflexión sobre la moralidad, la moralidad que se revela y se debate a través del discurso narrativo. La novela, en este sentido, no solo representa la realidad, sino que también permite explorar los mecanismos de las decisiones vitales y los valores que sustentan dichas decisiones, facilitando así la proyección ética del individuo en su contexto social.

La literatura del siglo XIX, especialmente la producción naturalista, ejemplifica cómo los personajes literarios son mímisis de reflexiones axiológicas constantes sobre la realidad, las ideologías, la vida privada y la sociedad. En este marco, las obras naturalistas, como las de Flaubert, Dostoiévski o Tolstoi, representan una visión de la existencia marcada por las circunstancias sociales y biográficas que influyen en las

decisiones y valores de los personajes, reflejando así un análisis ético y social de la realidad (Álvarez, 2010: 121-123). La literatura naturalista, en su enfoque, se convierte en un espacio donde se revela y cuestiona la condición humana en su contexto social, mostrando las tensiones entre los valores y la realidad social.

En este sentido, la novela *La prostituta* puede entenderse como un ejemplo que funciona como un espacio de reflexión ética mediante la exploración de las decisiones y experiencias de sus personajes en un contexto social particular. La obra puede ser vista como una puesta en escena de los mecanismos de decisiones vitales en situaciones extremas, reflejando los conflictos éticos relacionados con la moralidad, la identidad y las condiciones sociales. Desde esta óptica, *La prostituta* se inscribe en esa tradición de la literatura que, más allá de su valor estético, actúa como un medio para comprender y cuestionar los valores y dilemas éticos de la existencia humana.

Se podría señalar que López Bago no busca agradar. Su novela, y la tetralogía de Estrella al completo, no pretende entretener, sino perturbar. En ese sentido, la écfrasis se convierte en una herramienta ética. La mirada del narrador —y, por ende, del lector— debe mantenerse sobre lo que normalmente se oculta: la prostitución, el abuso, la miseria. No se nos permite desviar la vista, ni escudarnos en recursos estilísticos que edulcoren la realidad. El naturalismo radical al que se adscribe esta obra se caracteriza por esa voluntad de ruptura con la estética idealista. Frente a la ‘novela bonita’ de Valera o la ambigüedad de Galdós en *La desheredada*, *La prostituta* elige mostrar sin filtros, aún a riesgo de ser tachada de obscena. Como señalaba Alejandro Sawa López Bago escribe novelas “sin nervios y sin entrañas”, en las que el autor “se oculta por completo para que sea la realidad sola” (Gutiérrez Carbajo, 1991: 372), aunque esa realidad está en gran parte construida desde una estética del exceso y la provocación.

En *La prostituta*, la construcción de personajes como Estrella o Mari Pepa no responde a una lógica de culpabilidad individual, sino que expone un sistema ético desestructurado donde las decisiones vitales no son elegidas libremente, sino forzadas por condicionantes biográficos, económicos y de género. El determinismo radical de la obra no debe leerse como una renuncia a la ética, sino como su problematización: ¿puede hablarse de responsabilidad moral en contextos de opresión estructural? La novela propone una respuesta implícita a esta pregunta al desdibujar la frontera entre víctima y agente, mostrando cómo las mujeres de su relato no eligen libremente, sino que sobreviven den-

tro de un marco que las empuja hacia la prostitución como única salida posible. En este punto, la literatura de López Bago dialoga con los planteamientos actuales de la ética feminista, que insiste en considerar las condiciones materiales, relacionales y simbólicas que configuran la agencia moral. Así, lejos de constituirse como relatos moralizantes, las novelas de esta tetralogía despliegan un interrogante ético que permanece abierto: ¿cómo juzgar a quienes han sido desposeídos incluso de la posibilidad de decidir?

Por otro lado, la voluntad de representar lo sórdido, lo marginal y lo grotesco con crudeza no es gratuita ni meramente efectista. Forma parte de una estrategia estética que podríamos considerar ética en sí misma: visibilizar lo que la sociedad prefiere mantener en la penumbra. En este sentido, la écfrasis, que en López Bago se extiende más allá de lo visual para abarcar lo olfativo, lo táctil y lo visceral, se convierte en una herramienta que obliga a mirar sin disimulo. La literatura de denuncia social del XIX —y especialmente la novela médico-social— propone una pedagogía del asco: una forma de interpelación que no se basa en la belleza, sino en el choque, en la incomodidad estética que lleva a la reflexión ética. Esta dimensión performativa del lenguaje narrativo es especialmente evidente en *La prostituta*, donde el lector queda confrontado con la podredumbre de un orden social que convierte la explotación sexual en negocio, y la enfermedad venérea en metáfora de una sociedad enferma en su raíz.

CONCLUSIÓN

La prostituta de Eduardo López Bago se erige como una de las manifestaciones más radicales de la novela naturalista finisecular española. En ella, el prostíbulo no actúa como un mero escenario o decorado narrativo, sino como un espacio simbólico que concentra y reproduce las tensiones sociales, éticas y estéticas de su tiempo. A través de una écfrasis densamente sensorial —visual, olfativa, táctil e incluso sonora—, López Bago construye un universo cerrado que refleja con crudeza las formas de exclusión, violencia y mercantilización que sufrían los cuerpos femeninos en una sociedad estructurada en torno a la doble moral burguesa y el dominio patriarcal.

El uso de la écfrasis en *La prostituta* trasciende el objetivo de crear un realismo verosímil. Lejos de aspirar a una mimesis neutra, el autor la convierte en una herramienta de confrontación ética con el lector. Los espacios prostibularios, descritos con un lenguaje que a menudo

roza lo clínico o lo forense, provocan una incomodidad deliberada. La representación de las habitaciones cerradas, los olores desagradables, las tapicerías ajadas y los cuerpos cansados y contagiados se convierten en signos de una decadencia social que no se limita al ámbito sexual o económico, sino que alcanza la médula moral del proyecto modernizador burgués.

Desde esta perspectiva, el prostíbulo se convierte en una metáfora urbana, un espejo de Madrid como organismo enfermo. No es casual que los personajes que transitan por estos espacios pertenezcan a todos los estratos sociales: el Marqués de Villaperdida, los militares ociosos, los funcionarios corruptos o los estudiantes sin rumbo evidencian que la prostitución es un dispositivo estructural del sistema social, transversal a las clases, útil para el mantenimiento de un orden que explota a las mujeres como válvula de escape, objeto de consumo y garante de la estabilidad moral de los hombres públicos. La ciudad, en este marco, no se representa a través de sus monumentos o de su entramado cívico, sino a partir de sus zonas de sombra: los burdeles, las buhardillas, las calles traseras, los espacios cerrados donde se gestiona el deseo, la violencia y la miseria.

El cuerpo femenino se inscribe en esta narrativa como superficie sobre la que se proyectan y materializan las fracturas del sistema. Estrella, también conocida como “la Pálida” tras enfermar de sífilis, es el ejemplo más paradigmático. Su cuerpo enfermo y extenuado no solo refleja su historia personal de violencia, sino que funciona como síntoma de un cuerpo social en crisis. La narrativa médico-social que López Bago emplea al describirla —enfermedad, deterioro, contagio— contribuye a construir una metáfora de degeneración que trasciende lo individual y apunta al fracaso colectivo de un modelo político, económico y ético.

Esta estrategia de narrar la decadencia social a través del cuerpo tiene una dimensión estética y otra profundamente ética: la estetización de lo grotesco y lo enfermo es una forma de interpelar al lector desde la incomodidad. En este sentido, la écfrasis en *La Prostituta* se convierte en una herramienta ética: obliga a mantener la mirada sobre lo excluido, lo explotado, lo dañado; y, al hacerlo, cuestiona los valores que sustentan esa exclusión y esa explotación. Por lo tanto, se puede considerar que esta novela funciona como un espacio de reflexión ética. En *La prostituta*, las decisiones personales no se presentan como elecciones libres, sino como respuestas condicionadas a contextos de miseria, violencia y desigualdad. La obra despliega una ética de lo trágico.

Por ello, desde una perspectiva interseccional, *La prostituta* también permite identificar cómo se entrecruzan opresiones de clase, género y sexualidad en la construcción del sujeto femenino prostituido. Mari Pepa, regente del prostíbulo, representa el único personaje femenino que ha logrado cierta independencia económica, aunque al precio de asumir un rol de gestión dentro del sistema mismo de explotación. Su figura, como la de otras proxenetas en la literatura de la época, pone en evidencia las paradojas del empoderamiento dentro de contextos patriarcales: su poder solo es posible en tanto reproduzca las estructuras que oprimen a otras mujeres. Estrella, en cambio, permanece atrapada en el papel de víctima sin salida, y su destino está marcado desde la infancia. El hecho de que su apodo final sea “la Pálida”, subraya el proceso de deshumanización progresiva que sufre: pasa de ser niña a ser objeto de deseo, a enferma en la sombra. Su cuerpo ya no dice, ya no desea, ya no actúa: simplemente encarna.

Desde este punto de vista, la novela interpela al lector de su tiempo, pero también conserva una sorprendente vigencia crítica. La cosificación del cuerpo femenino, la tolerancia social hacia la prostitución en tanto institución funcional, la dificultad de articular una ética en contextos de precariedad estructural, son todos temas que siguen siendo objeto de debate contemporáneo. La fuerza de *La prostituta* reside precisamente en que no ofrece respuestas, sino que visibiliza tensiones. Su valor no es tanto el de una denuncia puntual como el de una radiografía literaria de un sistema moral fallido. Por último, cabe destacar que el estilo provocador y excesivo de López Bago —denostado durante décadas como vulgar o panfletario— puede hoy ser leído como una forma de resistencia estética.

OBRAS CITADAS

- ÁLVAREZ, Luis Alfredo. "Notas sobre la ética y la literatura." *Letras*, vol. 52, núm. 82, 2010: 117-130.
- ARAGÓN GARCÍA, Victoria. "Consumir mujeres: prostitución, sociedad patriarcal y modelos discursivos en perspectiva sociológica." *Cuestiones de género: de la igualdad y la diferencia*, núm. 10, 2015: 306-330.
- BAJTIN, Mijail. *La cultura popular en la edad media y en el renacimiento*. Madrid: Alianza Editorial, 2003.
- CHARNON-DEUTSCH, Lou. *Narratives of Desire: Nineteenth-Century Spanish Fiction by Women*. University Park: Pennsylvania State University Press, 1994.
- FERNÁNDEZ, Pura. Eduardo López Bago y el naturalismo radical. La novela y el mercado literario en el siglo XIX, Ámsterdam: Rodopi, 1995.
- . "Scientia sexualis y saber psiquiátrico en la novela naturalista decimonónica." *Asclepio: Revista de historia de la medicina y de la ciencia*, vol. 49, fasc. 1, 1997: 227-244.
- . "Introducción." Eduardo López Bago. *La prostituta: novela médico social*. Sevilla: Renacimiento, 2005.
- . *Mujer pública y vida privada. Del arte eunuco a la novela lupanaria*, Woodbridge: Tamesis, 2008.
- GONZÁLEZ DÁVILA, María José. "'Librennos de la inmoralidad': La prostituta de Eduardo López Bago." María Teresa Navarrete y Miguel Soler Gallo, eds., *El eterno presente de la literatura. Estudios literarios de la Edad Media al siglo XIX*. Roma: Aracne Editrice, 2013: 267-76.
- GUTIÉRREZ CARBAJO, Francisco. "Las teorías naturalistas de Alejandro Sawa y López Bago." *Epos: Revista de filología*, núm. 7, 1991: 371-394.
- HERRANZ CANO, Miguel Ángel. "De superventas en su época a un perfecto desconocido: rescatando del semi-olvido a Eduardo López Bago." *Revista Letral*, núm. 31, 2023: 78-98.
- HIDALGO SÁNCHEZ, Sandra. *Decadencia, desigualdad y degeneración: El Madrid médico-social en La Prostituta de López Bago*. Trabajo de Fin de Máster, Universidad de Auburn. 2015.
- JOHNSON, Rhi. "Olfaction and social illness in the Prostituta tetralogy by Eduardo López Bago." *Romance Quarterly* vol. 66, núm. 2, abril, 2019: 59-69.
- LEFEBVRE, Henri. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing, 2013.
- LERNER, Gerda. *La creación del patriarcado*. Pamplona: Editorial Ka-

takrak, 2019.

LISSORGUES, Yvan “El ‘naturalismo radical’: Eduardo López Bago (y Alejandro Sawa).” Yvan Lissorgues (ed.), *Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*. Barcelona: Anthropolos, 1988: 237-253.

LÓPEZ BAGO, Eduardo. *La prostituta: Novela médico-social*. Madrid: Juan Muñoz y Compañía. 1885.

—. *La pálida: novela médico social. (Segunda parte de La prostituta)*. Madrid: Juan Muñoz y Compañía. 1885.

—. *La prostituta: novela médico social*. Sevilla: Renacimiento, 2005.

PHAETON, Jacqueline. “La representación literaria de la prostitución en la España del primer franquismo en Cela y Martín-Santos.” *ARENAL*, núm.14, vol.1; enero-junio 2007: 161-183.

SANTIÁNEZ-TIÓ, Nil. “En el umbral de las vanguardias: deseo y subversión en la novela naturalista española.” *Bulletin Hispanique*, tomo 97, núm. 2, 1995: 583-604.

SILVESTRE, Osvaldo Manuel “‘A Puta’, de Carlos Drummond de Andrade.” *Inimigo Rumor*, núm. 13, 2002: 38-47.

TSUCHIYA, Akiko. *Marginal Subjects: Gender and Deviance in Fin-de-Siècle Spain*. Toronto: University of Toronto Press, 2011.